



fo 3er Internacional Saberes para el Cambio ro

Ramón Antúnez
María José Bautista-Cerro
Edith Checa
Isabel González Turmo
Elvira Méndez
Carlos Montes
María Novo
Mauro Pizzato
Francesco Tonucci

Universidad Internacional de Andalucía (UNIA)

Rectorado

Monasterio de La Cartuja

c/ Américo Vespucio, 2

41092 Sevilla.

Tel: 954 462 299

Fax: 354 462 288

www.unia.es/sostenibilidad

Con el patrocinio de:

Cajasol

**Manifiesto
de la UNIA.
No tengo
tiempo para la
sostenibilidad**

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A aula de
SOStenibilidad

Sede de La Cartuja
Sevilla
2-4 junio 2009

Manifiesto UNIA

No tengo tiempo para la sostenibilidad

En la configuración de la Edad Moderna se produce, entre otros, un fenómeno de cambio en la concepción del tiempo. De los tiempos cíclicos marcados por los ritmos de la naturaleza, se pasa a un tiempo abstracto y lineal, dirigido por los relojes mecánicos en el marco de un paradigma mecanicista. A eso se suman posteriormente el cambio de escala espacial propiciado por los transportes y el nuevo urbanismo, y la instantaneidad de las comunicaciones impulsada por las nuevas tecnologías. Las distancias se han acortado. El tiempo se ha comprimido.

¿Están nuestros tiempos dirigidos por el mercado o por los ritmos de la naturaleza?

Hoy se constata que nuestros modelos de crecimiento incontrolado han llevado a un desajuste entre naturaleza y sociedad, llegando a la percepción errónea de que es posible mantener nuestras formas de vida en un desacoplamiento entre los seres humanos y la biosfera, a todas luces, insostenible. Es preciso recordar, pese a su obviedad, que el ser humano forma parte de la naturaleza y que su bienestar depende del flujo de servicios que ésta genera. No tomar en cuenta los límites y condicionamientos de la naturaleza ha conducido al colapso a algunas civilizaciones que nos han precedido.

En estos momentos, conviven dos culturas del tiempo antagónicas: la cultura de lo instantáneo, de la aceleración, frente a la del respeto a los tiempos de la naturaleza, incluida nuestra propia naturaleza como seres vivos. Es evidente que la primera de ellas está sirviendo como modelo para un crecimiento insostenible a escala global, que nos ha traído a una crisis de civilización. Los ritmos naturales chocan con el corto plazo de los tiempos económicos y políticos.

La modernidad, con su potente tecnología nos ha permitido medir el tiempo, calcularlo, observarlo y hacerlo cumplir. Pero ¿nos hemos adueñado de él o somos sus súbditos?

Los impactos ecológicos y sociales de la globalización económica generan efectos negativos. Las propuestas de la economía ecológica y de modos de vida alternativos, pese a su potencial transformador, son silenciadas por la mayor parte de los centros de poder político y económico. Paradójicamente, en las sociedades industrializadas la esperanza de vida de las generaciones futuras es ahora menor que la de las generaciones actuales. A la vez, se constata que la esperanza de vida en los países más pobres ha disminuido sensiblemente en la última década.

¿Nos queda tiempo para seguir equivocándonos?

El reto para nuestras sociedades es superar la actual insostenibilidad de los sistemas de gestión de los recursos. Hablar de desarrollo sostenible no es sólo referirse a los modos de uso del agua, la energía, los alimentos... sino tomar

PAPÁ, ¿CUANTO ME FALTA PARA LA JUBILACIÓN?

el tiempo como eje de referencia para reorientar nuestra vida social y personal hacia la sencillez, la autocontención voluntaria, la desaceleración y la equidad.

La toma en consideración de las formas de vivir los distintos tiempos de nuestra existencia como uno de los indicadores de la sostenibilidad permite abordar los vínculos entre seres humanos y naturaleza con toda su complejidad, integrando sus diferentes dimensiones (social, ecológica, económica, personal...).

Las actividades cotidianas de cuidados, mantenimiento, relaciones sociales... se realizan en un tiempo cíclico que produce y sostiene futuro. En nuestra cultura, este tiempo se considera secundario, pero no habría vida sin estas actividades. Este tiempo cíclico es, en gran medida, compartido y polivalente: en él están presentes el hacer y el estar. En el tiempo del cuidado no se está creando sólo un producto, el valor fundamental está en el proceso.

Sin embargo, en la modernidad se tiene una perspectiva del tiempo como un bien escaso de uso individual y exclusivo. Pero son nuestras formas erróneas de gestionarlo (multitarea, simultaneidad...) las que lo hacen escaso. El tiempo se amplía cuando se comparte. Un buen ejemplo es la experiencia generada por los Bancos del Tiempo en donde se intercambian gratuitamente habilidades y servicios. La medida de valor es la hora y no el dinero o el tipo de actividad.

Ante la prisa por obtener productos fácilmente mercantilizables se ha extendido la creencia de que todo puede ser producido ignorando la duración y el valor de los procesos y sus consecuencias negativas para el medio ambiente y para el ser humano. El tiempo diario de mejor calidad de nuestras vidas lo estamos dedicando al productivismo y no al desarrollo personal y social. El consumismo nos obliga a trabajar más. Pasan los años sin que seamos dueños de nuestro tiempo.

Una agricultura intensiva que no respeta los ritmos de la naturaleza resulta insostenible a medio plazo. En este sentido, el movimiento Slow Food representa una alternativa basada en el respeto a los saberes campesinos tradicionales, a la producción local y a la biodiversidad, que requieren y defienden tiempos apropiados de producción y consumo.

Los niños van perdiendo el tiempo libre a la par que los adultos se esfuerzan en recuperarlo para sí mismos. La infancia se percibe/enfoca como un periodo en el que hay que aprovechar todo el tiempo de forma planificada y utilitaria. Los niños entran muy pronto en la dinámica del hacer, pierden la capacidad de jugar, de vivir experiencias propias de aventura, descubrimiento y riesgo entre pares. La falta de tiempo en la infancia tiene sus consecuencias a lo largo de la vida.

La situación de fragilidad de los niños es equiparable a la situación de los grupos más vulnerables en nuestra sociedad (discapacitados, ancianos, pobres, inmigrantes...) así como a etapas de dificultad en el ciclo de vida de cualquier ser humano.

¿Conseguimos vivir como si el tiempo nos importara?

Es una cuestión de valores, pero también de resistencia y disidencia frente a modelos de vida insostenibles.

Estamos en un umbral de cambio. Si no afirmamos la disidencia, el cambio será traumático en el actual momento de crisis. Necesitamos un paradigma nuevo que incorpore una nueva cultura del tiempo. Nuestra responsabilidad es, a la vez, individual y colectiva: cambiando nuestra forma de gestionar el tiempo hacemos una elección de prioridades y aplicamos valores. Nuestra capacidad de elegir cuenta y puede condicionar el mercado y las decisiones políticas. Esa capacidad llega del conocimiento y para esto se necesita tiempo. Lo personal es político.

Es posible entender las renunciaciones como algo positivo, que nos enriquece. Lo que perdemos en bienes materiales lo ganamos en tiempo. Cuidar las relaciones familiares y sociales que estamos perdiendo a causa de la prisa no es un retroceso. Se puede vivir mejor con menos: regalar tiempo, dedicar momentos al juego, a las artes, a la comida, a la amistad, a la naturaleza, a nosotros, a los demás... Tiempos para la sostenibilidad.

